

SAN JUAN CRISOSTOMO

HOMILIAS EXEGETICAS

DEL

EVANGELIO DE SAN JUAN

Serie
Los Santos Padres
N.º 28

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-2264-1991

I.S.B.N.: 84-7770-232

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

HOMILIA IX

TEXTO COMPRENDIDO:

San Juan, cap. I, v. 11. *A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.*

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Introducción.

II. *Los suyos* son los judíos. Ilústrase la exposición con otros pasajes de la Escritura y ponderáse la diferencia de judíos y gentiles.

III. La causa de tanto mal para los judíos fue la incredulidad, nacida de la soberbia.

IV. De aquí provino también su envidia contra los gentiles. Pondérase cuán irracional era. Testimonios de San Pablo contra los judíos.

V. Exhortación a evitar la soberbia y considerar la propia miseria.

I

Cap. I, v. 11. *A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.*

Si os acordáis de las ideas que preceden, añadiré lo que sigue a continuación con más gusto, por ver que lo hago con grande utilidad. Pues de esta manera para vosotros será más fácil de entender mi palabra, por acordaros de lo ya dicho, y yo no necesitaré tanto trabajo, pues podréis por la mucha aplicación penetrar lo demás con mayor perspicacia. El que siempre pierde lo que se le da, siempre necesitará de maestro, y nunca llegará a saber nada; pero el que conserva lo que recibió y añade más todavía, pronto de discípulo llegará a maestro, y será útil no sólo para sí, sino también para todos los demás. Así espero yo que ha de suceder con esta reunión, y lo conjeturo por la grande atención que me prestáis. Ea, pues, depositemos en vuestras

almas, como en segurísimo tesoro, la riqueza del Señor, y examinemos lo que hoy se nos propone, en cuanto nos favorezca la gracia del Espíritu Santo.

II

Dijo (el Evangelista) que *el mundo no le conoció*, hablando de los tiempos antiguos. Después desciende también a los tiempos de la predicación (evangélica) y dice: *A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron*, llamando ahora *suyos* a los judíos, como a pueblo peculiar, o también a todos los hombres, como a criados por El. Y así como más arriba, atónito de la necedad de los más de los hombres, y avergonzado por causa de toda nuestra naturaleza, decía que el mundo hecho por El no reconoció a su Criador, así en este lugar a su vez, amargado por la ingratitud de los judíos y de la mayor parte de los demás hombres, pone la acusación con más energía, diciendo: *Los suyos no le recibieron*, y eso, cuando El vino a ellos.

Y no sólo el Evangelista, sino también los Profetas decían con admiración lo mismo, y últimamente Pablo, lleno de estupor por este motivo. En efecto, los Profetas, revistiendo la persona de Cristo, clamaban de esta manera: *Un pueblo a quien no conocí me sirvió, con obediencia me obedeció; hijos extraños me mintieron; hijos extraños envejecieron y erraron sus caminos* (Ps. XVII, 45, 46). Y de nuevo: *Aquellos, a quienes no se habló de El, le verán y los que no oyeron entenderán* (Isai., LII, 15); y además: *Fui hallado por los que no me buscaban; me manifesté a los que no preguntaban por mí* (Is., LXVI, 1). Y San Pablo, escribiendo a los romanos, decía: *Pues ¿qué? Lo que buscaba Israel, ésto no lo alcanzó, mas los escogidos lo alcanzaron* (Rom., XI, 7). Y otra vez: *Pues, ¿qué diremos? —Que los gentiles que no seguían la justicia, han alcanzado la justicia; mas Israel, yendo tras la ley de justicia, no ha llegado a la ley de justicia* (Rom., IX, 30). Y es verdaderamente cosa que pone asombro, cómo los educados en los libros de los Profetas, los que cada día oyen a Moisés, que dice tantas cosas de la venida de Cristo, y a los demás Profetas de las épocas siguientes, más todavía, los que veían al mismo Cristo, haciéndoles cada día milagros, y hablando con ellos solos, el cual por entonces ni aún a los discípulos permitía ir camino de gentiles, ni entrar en ciudad de samaritanos, y tampoco El lo hacía, sino que una y otra vez

decía haber sido enviado para las ovejas descarriadas de la casa de Israel; sin embargo, a pesar de tantos milagros en su favor, de la voz de los Profetas que oían diariamente, de las amonestaciones continuas del mismo Cristo, tan absolutamente cegaron y ensordecieron, que con nada de esto pudieron ser traídos a creer en El. Y en cambio los gentiles, sin haber gozado de ninguno de estos favores, ni haber oído jamás, ni aun por sueño, los divinos oráculos, antes envueltos siempre en fábulas de locos (pues a esto se reduce la filosofía profana), y revolviendo las vaciedades de los poetas, y sujetos a la adoración de troncos y piedras, y no sabiendo cosa útil ni sana, ni en doctrina, ni en costumbres, ya que su vida era más impura y execrable que sus doctrinas —y ¿cómo no lo había de ser, viendo como veían a sus dioses que se gozaban en toda maldad, y eran adorados con torpes palabrás, y obras todavía más torpes, y esto tenían por fiesta y honor, y eran honrados por sus execrables asesinatos y muertes de niños, y así trataban sus adoradores de imitarlos?—; a pesar de todo, hundidos en el abismo de toda maldad, de repente, como por encanto, se nos presentan resplandecientes arriba, en la misma cumbre de los cielos.

III

¿Cómo tuvo esto lugar y por qué causa? Oyelo de labios de San Pablo. Pues él no cesó de investigarlo con gran diligencia, hasta hallar la causa, y se la descubrió a todos los demás. Y ¿cuál es ésta? Y ¿de dónde a los judíos tanta ceguedad? Oyeselo decir a él, que estuvo encargado de este ministerio. ¿Qué es, pues, lo que él dice, para soltar la duda de muchos? *No conociendo ellos, dice, la justicia de Dios, y tratando de establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios* (Rom., X, 3). Por eso les fue tan mal. Y otra vez, explicando lo mismo de otro modo, dice: *Pues ¿qué diremos —Que los gentiles que no seguían la justicia han alcanzado la justicia, pero la justicia que es por fe; mas Israel, que iba tras la ley de justicia, no ha llegado a la ley de justicia. Dime: ¿por qué? porque no (la buscaron) por fe, pues tropezaron en la piedra del escándalo* (Rom., IX, 30, 32): Y lo que dice significa: la causa de estos males fue para ellos la incredulidad; y ésta nació de la soberbia. Porque cómo, habiendo sido antes superiores a los gentiles por haber recibido la ley y conocer a Dios, y todo lo demás de que habla San Pablo, después de la venida de Cristo

vieron que también aquellos por la fe eran llamados con el mismo honor, y que recibida la fe no había diferencia entre circunciso y gentil; de la soberbia pasaron a la envidia, sintiéndose mordidos de ella, y no pudieron sufrir la benignidad inefable y sobreabundante del Señor. Lo cual no les nació sino de su arrogancia, perversidad y odio de los demás.

IV

En efecto, ¿qué daño se os seguía a vosotros, oh hombres los más insensatos, de la providencia ejercida en favor de otros? ¿En qué se disminuían vuestros bienes, porque otros participaran de los mismos? ¡Ciega es, verdaderamente, la maldad e incapaz de ver por el momento lo que conviene! Comidos, pues, de envidia, por haber de tener participantes de su misma libertad, volvieron la espada contra sí, y de esta manera rechazaron la benignidad de Dios. Y con sobrada razón. Pues El dice: *Amigo, no te hago injusticia; quiero dar también a éstos lo mismo que a ti* (Matth., XX, 13, 14). Mejor dicho, ellos no son dignos ni aún de esta respuesta. Porque aquel, aunque lo llevaba a mal, con todo, podía alegar los trabajos de todo el día, y fatigas, calores y sudores; pero ellos ¿qué pueden decir? Nada de eso, si no es pereza, intemperancia e innumerables males que continuamente les reprendían los Profetas todos, por lo cual también ellos ofendieron a Dios lo mismo que los gentiles. Y esto lo declaraba Pablo, diciendo: *Porque no hay distinción (entre judíos y gentil); pues todos pecaron y necesitan de la gloria de Dios, siendo justificados de balde por la gracia de el* (Rom., III, 22, 24). Este capítulo lo desarrolla en aquella carta con utilidad y grande sabiduría. Y más arriba hace ver que son dignos de mayor castigo. Porque *todos los que en la ley pecaron, dice, por la ley serán juzgados* (Ibid., II, 12); esto es, más duramente, pues además de la naturaleza tienen la ley que los acusa. Y no sólo por esta razón, sino también por haber sido causa de que entre los gentiles fuera Dios blasfemado: *Porque mi nombre, dice, es por vuestra causa blasfemado entre los gentiles* (Rom., II, 24; Is., LII, 5; Ezech., XXXVI, 20). Ya, pues, que esto era lo que más los carcomía —como que a los mismos convertidos del judaísmo a la fe les parecía cosa estupenda, y por eso echaban en cara a Pedro, cuando volvió a ellos de Cesarea, que había ido a gente incircuncisa, y comido con

ellos; y aún después de enterados de la providencia de Dios, todavía aún así se admiraban de cómo se había derramado también a los gentiles la gracia del Espíritu Santo, dando a entender con su asombro que jamás hubieran esperado ellos esta maravilla—: como sabía, pues, que esto era lo que más les llegaba al alma, no deja piedra por mover, a fin de vaciar su hinchazón y deshacer su arrogancia, inflada hasta más no poder.

Y mira cómo lo hace. Después de haber hablado de los gentiles, y demostrado que no tenían por ningún aparte excusa alguna ni esperanza de salvación, y reprendiéndolos fuertemente por su perversidad de doctrinas e impureza de vida, traslada su razonamiento a los judíos, y después de haber recapitulado lo que de ellos dijo el Profeta, que eran execrables, fraudulentos, astutos, que todos se hicieron inútiles, y que nadie entre ellos buscaba a Dios, sino que todos se desviaron y otras cosas semejantes, añadió: *Y sabemos que cuanto la ley dice, se lo dice a aquellos que están en la ley; para que toda boca se cierre, y todo el mundo se sujete a Dios... Pues todos pecaron y necesitan de la gloria de Dios* (Rom., III, 18, 23). Luego, ¿por qué te engrías, oh judío? ¿Por qué te ensorberdecas? Cerrada queda tu boca, destruida tu libertad, con todo el mundo quedas tú también hecho súbdito, y lo mismo que los demás estás en necesidad de ser justificado gratuitamente. Debieras, cierto, aunque hubieses obrado bien, y tuvieses mucha libertad con Dios, no envidiar por eso a los que habían de obtener misericordia y ser salvos por clemencia. Porque maldad extrema sería consumirse por los bienes ajenos, y sobre todo cuando no se te seguía de ello perjuicio alguno. Si la salvación de los demás dañara a tus bienes, tendría razón de ser la tristeza: aunque ni aún entonces para quien sabe filosofar (y ser virtuoso). Pero si ni con el castigo ajeno aumenta tu premio, ni con su bien disminuye, ¿por qué te atormentas a ti mismo, porque otro se salva gratis? Convenía, pues, como antes he dicho, que aunque fueras del número de los que obraron bien, no te mordiera la envidia por la salvación concedida gratis a los gentiles, pero, siendo como eres reo de los mismos delitos ante el Señor, y habiéndolo ofendido lo mismo también tú, llevar a mal los bienes ajenos, y engreírte como si tú solo debieras ser partícipero de la gracia, es hacerte reo no sólo de envidia y arrogancia, sino también de extrema locura, y acreedor por ello a todos los más terribles tormentos: pues plantaste en ti mismo la soberbia, que es raíz de todos los males. Por lo cual un sabio decía: *Principio de pecado es la soberbia*

(Eccli., X, 15); esto es, raíz, fuente y madre. Así cayó el primer hombre de aquel feliz estado; así también el mismo Satanás que le engañó fue derribado de la cumbre de su dignidad. De ahí que, viendo el perverso que la naturaleza de este pecado bastaba para derribar a los mismos cielos, emprendió este camino, cuando trató de derribar a Adán de tan grande honor. Pues habiéndole inflado con la promesa de la igualdad con Dios, le hizo reventar y le derribó a las mismas profundidades del infierno. Y es que nada hay que así nos enajene de la benignidad de Dios, y deje a merced del fuego del infierno, como la tiranía de la soberbia. Porque si la tenemos, toda nuestra vida se corrompe, por más que ejercitemos la castidad, la virginidad, el ayuno, la oración, la limosna y cualquiera otra virtud. *Inmundo*, dice (la Escritura), delante del Señor *todo soberbio en su corazón* (Prov., XVI, 6).

V

Reprimamos, pues, esta hinchazón del alma, sajemos este tumor, si es que queremos ser puros y librarnos del suplico preparado para el diablo. Pues, en efecto, que el arrogante haya de sufrir necesariamente lo mismo que él, óyeselo decir a San Pablo: *No sea neófito, para que hinchado de soberbia, no caiga en el juicio y lazo que el diablo* (1 Tim., III, 6). ¿Qué significa *juicio*? En la misma condenación, dice, en el mismo suplicio.

Pues ¿cómo, se dirá, puede uno huir de este mal? Si considera su propia naturaleza y la muchedumbre de sus pecados, la grandeza de los tormentos de la otra vida y lo pasajero de lo que en ésta parece glorioso, que no se diferencia del heno, y se marchita con más facilidad que las flores de primavera.

Si revolvemos continuamente estas ideas dentro de nosotros mismos, y tenemos en nuestra memoria a los que más se distinguieron por su virtud, no podrá fácilmente levantarnos el demonio, por mucho que se esfuerce, ni aún comenzar siquiera a suplantarnos. El Dios de los humildes, el bueno y benigno, El nos de a vosotros y a mi un corazón contrito y humillado. Puesto que así podremos llevar a cabo todo lo demás con facilidad, para honor de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XI

TEXTO EXPLICADO:

Cap. I, v. 14. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Introducción: Exhorta a leer en casa de antemano la parte del Evangelio que se ha de explicar; y deshace las dos excusas que se alegan: demasiadas preocupaciones y falta de libros.

II. Hace ver la ilación del texto con lo anterior. Los bienes que se anuncian e la parte precedente del capítulo tienen por causa que *el Verbo se hizo carne y habló entre nosotros*. La divinidad del Verbo no recibió menoscabo en la Encarnación, pues las naturalezas quedaron inconfusas.

III. El Evangelista empleó la palabra *Se hizo*, para hacer ver que la Encarnación no fue mera apariencia, sino que el Verbo tomó carne real y verdadera. No se mudó el Verbo en carne, pues Dios dejaría de ser Dios si se mudase; sino que unió consigo la naturaleza humana. La distinción de las dos naturalezas queda indicada por la sentencia. *Y habitó entre nosotros*. El modo de enlace de las dos naturalezas en Cristo es inefable, y no he de intentar explicarlo.

IV. La habitación que escogió el Verbo fue la naturaleza humana, que estaba derribada. ¡Cuán humillada se hallaba y cuánto la levantó! La unió consigo inseparablemente y la colocó sobre todos los ángeles en el mismo trono real.

Afectuosa exhortación a corresponder a tan inefable caridad.

I

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Una gracia os quiero pedir antes de hablar de las palabras evangélicas: no me la neguéis, pues no os pido cosa pesada ni difícil, ni lo que me deis ha de ser útil sólo para mí que os lo pido, sino también para vosotros los que me lo habéis de dar: y aún quizá mucho más para vosotros. ¿Cuál es, mi petición? Que el primer día de la semana, o si no, el sábado, cada uno de vosotros tome en sus manos con anticipación la parte de los Evangelios que se os ha de explicar, y sentado en su casa la lea

frecuentemente, e inquiera muchas veces con cuidado su contenido, y lo examine muy bien; y note qué es claro y qué es obscuro; qué es lo que parece contrario y no lo es; y después de haberlo leído y releído, venid a oír la explicación. No seá ciertamente escasa la ganancia que de este empeño se nos siga tanto a vosotros como a mí mismo. Yo por mi parte no necesitaré de gran trabajo para aclarar la fuerza del contenido, una vez que vuestra mente esté familiarizada con el conocimiento de las palabras; y vosotros, por la vuestra, llegueis a ser de este modo más penetrantes y perspicaces, no sólo para oír y para aprender, sino también para enseñar a otros. Porque de la manera que ahora oyen los más de los aquí presentes, que se ven precisados a aprender al mismo tiempo, ya las palabras, ya la explicación que de ellas damos, ni aún cuando estuviéramos en ello un año entero, podrían obtener grande utilidad. ¿Cómo había de ser, no dedicándose a ello sino de paso, y sólo aquí en este breve tiempo que empleamos?

Y si hay quienes se excusen con negocios y cuidados, y grandes ocupaciones públicas y privadas, en primer lugar, no es poca culpa eso mismo de rodearse de tanta multitud de negocios y estar siempre de tal suerte enclavados en las cosas temporales, que no quede un poco de respiro para lo que es más necesario que todo. En segundo lugar, que esas no son sino excusas y subterfugios lo están denunciando sus reuniones con los amigos, su asistencia en los espectáculos, su asiento en los palcos para ver las corridas de caballos, en las cuales cosas emplean muchas veces días enteros [y con los amigos conversáis largo tiempo], y sin embargo, jamás ninguno de ellos se excusa con la ocupación de los negocios. ¿Conque en esas cosas baladíes no tenéis excusa que alegar, antes os parece que tenéis profundo reposo, y cuando se trata de atender a las de Dios os parecen tan superfluas y de poca monta, que no debáis concederles ni un breve rato de ocio? ¿Son dignos los que así juzgan de respirar, ni de ver este sol que nos alumbra?

Tienen también estos hombres tan perezosos otra excusa muy irracional, y es la falta de libros. Y ciertamente, tratándose de los ricos, sería ridículo que me extendiera en hablar de esta excusa; pero como veo que muchos de los pobres abusan, de ella continuamente, con gusto les preguntaría yo, si tienen o no enteras y perfectas las herramientas del oficio que ejerce cada uno, por grande que sea la pobreza que los agobie. Pues, bien: ¿cómo no ha de ser absurdo que en aquello no se excusen con la pobreza, antes todo lo remuevan para

no tener estorbo alguno de ningún género, y que, en cambio, habiendo de sacar tan grande utilidad, se lamenten de sus ocupaciones y pobreza? Con todo eso, si algunos hubiera tan pobres, posible les es, por la continua lección que aquí se tiene, no ignorar nada de lo contenido en las divinas Escrituras. Pero si a alguno de vosotros le parece esto imposible, también tiene razón, atento a que muchos no asisten con grande atención de ánimo a lo que van a oír, sino que, haciendo eso mismo por ceremonia y de paso, se vuelven a sus casas. Y si algunos de ellos permanecen, no están mejor dispuestos que los que se fueron, presentes a lo que decimos sólo con el cuerpo. Mas para no cargaros por demás de quejas, ni emplear todo el tiempo en represiones, vamos a las palabras del Evangelio, pues ya es tiempo de comenzar el asunto. Pero ¡estad alerta, para que no se os escape nada de lo que voy a decir!

II

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros

Después de haber dicho (el Evangelista) que los que le reciben son engendrados de Dios e hijos de Dios, pone la causa y el fundamento de este honor inefable. Y la causa es que el Verbo se hizo carne, y que el Señor recibió la forma del siervo. Porque se hizo hijo de hombres siendo hijo natural de Dios, para hacer a los hijos de los hombres, hijos de Dios. Pues lo sublime, cuando se junta con lo bajo, no recibe menoscabo en su propia gloria, y levanta lo humilde de su mucha bajeza. Y esto es lo que tuvo lugar con Cristo. Por una parte, nada disminuyó su propia naturaleza por esta condescendencia, y por otra, a nosotros, sentados en tinieblas e ignominia, nos elevó a una gloria inefable. Así, cuando tal vez un rey habla con atención y benevolencia a un pobre, así mismo no se causa deshonor, y al pobre la hace objeto de las miradas de todos e ilustre. Y si en la dignidad humana, postiza y accesorio, nada perjudica al más honrado tratar con el que es más despreciable, ¿con cuánta mayor razón valdrá lo mismo, tratándose de aquel ser inmortal y bienaventurado, que no tiene nada de accesorio, nada que empiece a tener y pierda, ante posee todos los bienes inconvencibles y adheridos a El para siempre? Por tanto, cuando oyeres: *El Verbo se hizo carne*, no te turbes ni desfallezcas. Porque no se convirtió su ser divino en carne (pensarlo tan sólo sería grande

impiedad), sino que, permaneciendo lo que era, recibió la forma del siervo.

III

¿Por qué, si así es, empleó la palabra *Se hizo*? Para tapar la boca a los herejes. Como hay quienes dicen que todo lo relativo a la Encarnación era fantasía, ficción y apariencia, para destruir de antemano su blasfemia puso la palabra *Se hizo*: para dar a entender, no mudanza de naturaleza, ¡no tal!, sino asunción de carne real y verdadera. Porque así como cuando dijo: *Cristo nos libró de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición* (Gal., III, 13), no quiere decir que su ser, despojado de su propia gloria, se convirtió en maldición (pues tal cosa no la pensarían los mismos demonios, ni los hombres más necios y más desprovistos de razón natural— tanta es la impiedad y juntamente la necedad que encierra—); de suerte que no es eso lo que dice, sin que cargando con la maldición dada contra nosotros, no permite que seamos en adelante malditos; así también aquí dice que se hizo carne, no mudando su ser en carne, sino tomándola, y quedando aquel intacto.

Y si dijeren que, como Dios que es, todo lo puede y, por tanto, también mudarse en carne, les daremos por respuesta que lo puede todo, con tal que siempre permanezca Dios; pero si hubiera recibido mudanza, y mudanza en peor, ¿cómo sería Dios? Porque el mudarse es incompatible con aquella naturaleza inmortal. Por lo cual decía el Profeta: *Todos como vestidura envejecerán, y como a un manto les darás vuelta y quedarán mudados. Pero tú el mismo eres, y tus años no desfallecerán* (Ps. CI, 27). Porque aquel ser es superior a toda mudanza. Ni existe otra cosa alguna mejor, para que pueda adelantar viniendo a ella. ¿Qué digo mejor? Ni igual, ni aun siquiera que se le acerque un poco. Luego no queda sino que se mude en peor, si en algo se mudase. Y en ese caso ya no sería Dios. Pero ¡vuelva la blasfemia contra la cabeza de los que tal dicen! Y que la razón de decirse, *Se hizo*, fue únicamente para que no sospecharas mera apariencia, míralo por lo que sigue, y cómo acrisola la frase y destruye la perversa sospecha. Porque añadió: *Y habitó entre nosotros*: como si dijera: No sospeches nada absurdo por las palabras *Se hizo*. Pues no dije mudanza alguna de aquella naturaleza inmutable, sino habitación

y vivienda. Y lo que habita no puede ser lo mismo que la habitación, sino distinto a ella. Porque una cosa habita en otra; que de lo contrario ni sería habitación, pues ninguna cosa habita en sí misma. Y dije distinto en cuanto a la naturaleza, porque en cuanto a la unión y enlace son un Dios-Verbo y la carne, no por confusión ni desaparición de las naturalezas, sino por unión inefable e inexplicable. El cómo no me lo preguntes porque se hizo como El lo sabe.

IV

Y ¿cuál es la habitación en que habitó? Oye al Profeta que dice: *Levantará el tabernáculo de David que está caído* (Amos, IX, 11). Caída estaba en verdad, y caída con golpe incurable nuestra naturaleza, y necesitada del socorro, no de otra sino de aquella poderosa mano. Pues no había otro medio de levantarla, si el mismo que al principio la modeló no le tendiera su mano y la reformara de raíz con la regeneración del agua y del Espíritu. Y aquí contempla tan estupendo e inefable misterio. Siempre habita en esta habitación (de su Humanidad): porque se vistió de nuestra carne, no para dejarla de nuevo, sino para estar unido a ella perpetuamente. Que de no ser así, no la hubiera colocado por su dignación en el trono real, ni llevándola consigo, se dejaría adorar de toda la milicia de los cielos, ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, principados, potestades. ¿Qué palabras, qué entendimiento pueden poner delante la grandeza de este honor hecho a nuestro linaje, honor verdaderamente sobrenatural y estupendo? ¿Qué ángel, qué arcángel? Nadie, nunca jamás, ni de los cielos, ni de los de la tierra. Tales son las obras de Dios, y tan grandes y tan sobrenaturales sus beneficios, que el expediente como sobrepuja, no sólo la lengua humana, sino también el poder angélico. Por eso también yo cerraré el discurso acogiéndome entretanto al silencio, conjurándoos tan sólo a que a tan grande Bienhechor nuestro correspondamos con servicios, que a su vez refunden en nosotros toda su utilidad. Y estos servicios son el cuidar con grande diligencia de nuestra propia alma. Porque obra es también ésta de su benignidad, que, no teniendo El necesidad alguna de nada de lo nuestro, dice que le retribuimos cuando cuidamos de nuestras almas. Por lo cual extrema locura sería, y merecería infinitos suplicios, que gozando de tan grande honor, no hiciéramos cuanto está de nuestra parte; y eso vol-

viendo a nosotros de nuevo la utilidad de que lo hacemos, y proponiéndonos por ello premios infinitos. Bien es que por todas estas cosas demos gloria a nuestro amoroso Dios, no sólo con palabras, sino mucho más con obras, para que alcancemos también los bienes futuros: ¡ojalá todos los obtengamos por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XII

TEXTO COMPRENDIDO EN LA HOMILIA:

Cap. I, v. 14. Y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Introducción, en que hace ver cómo la reprensión pasada procedía del amor.— Propone las palabras de San Juan con la ilación del contexto inmediato, que las precede.— *vimos su gloria*: no la hubiéramos visto, si El no se hubiera abajado a nosotros.

II. ¿Qué significa *gloria como del Unigénito del Padre*? El Evangelista nos hace desviar la vista de la gloria de Moisés, Elías, etc., para hacer que la fijemos en el Unigénito del Padre. La palabra *como* no significa aquí semejanza, sino identidad; “*gloria como correspondencia a quien era el Unigénito del Padre*”. Comparación popular para explicarlo.

III. Se explica la gloria de Jesucristo. La gloria de Jesucristo se manifestó en los milagros que hizo; en toda la creación, que le obedeció *como a Señor*; en los hombres, especialmente en el testimonio que de El dieron el Padre y el Espíritu Santo.— Otras maravillas después de este testimonio.

IV. Gloria de Jesucristo en las maravillas obradas en las almas.

V. Gloria de Jesucristo en los padecimientos y muerte de cruz y en los frutos de ella recogidos por la predicación del Evangelio.

VI. Conclusión. Los que sabemos tales enseñanzas de la gloria de Jesucristo, debemos vivir de suerte que veamos la gloria de Jesucristo en la otra vida. De lo contrario, todo es perdido para nosotros. Exhortación.

I

I, 14. Y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Quizá os parecidos ayer más molestos y pesados de lo justo, por haber usado de un modo de hablar más fuerte y habernos extendido en reprender la desidia de muchos. Si lo hubiéramos hecho sólo por causaros dolor, justamente lo llevaría a mal cada uno de vosotros; pero si por mirar a vuestro bien no hicimos caso del agrado de las palabras, aunque no queráis llevar a bien nuestra solicitud, a lo menos debieráis perdonar a nuestro amor paternal. Porque en gran manera tememos no sea que mientras nosotros nos esforzamos y vosotros no queréis mostrar la misma diligencia en oír, hayáis de dar cuentas más

estrechas. Por esta razón nos vemos continuamente en la necesidad de excitaros y despertaros, a fin de que nada de cuanto decimos se os pase por alto. Así es como podréis vivir ahora con gran libertad de espíritu, y presentaros aquel día con la misma en el tribunal de Cristo.

Ya, pues, que hace poco os reprendimos suficientemente, entre-mos hoy desde el principio a exponer las palabras de la Escritura.

Y vimos, dice, su gloria, gloria como del Unigénito del Padre. Después de haber dicho que llegamos a ser hijos de Dios, y hecho ver que esto no se llevó a cabo sino por haberse el Verbo hecho carne, añade que todavía de aquí se siguió otra ganancia. Y ¿cuál es? *Vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre:* la cual no la hubiéramos visto, si no se hubiera dejado ver por el cuerpo contubernal y semejante al nuestro. Porque si aún el rostro de Moisés, con ser él de nuestra misma naturaleza, no lo pudieron ver glorificado los de su tiempo, antes fue necesario un velo que sombrease la intensidad de la gloria del justo, a fin de que su rostro de profeta se les mostrara blando y apacible, ¿cómo hubiéramos podido nosotros, los de barro y de tierra, aguantar la divinidad sin velo, siendo, como es, inaccesible a las mismas potestades superiores? Por eso puso su habitación entre nosotros, para que pudiéramos acercarnos a El y hablarle y estar con El con grande placer.

II

Y ¿qué significa *gloria como del Unigénito del Padre*? Como también fueron gloriosos muchos de los Profetas, como el mismo Moisés, como Elías y Eliseo, llevado el uno en carro de fuego y el otro trasladado con muerte ordinaria, y después de ellos fueron gloriosos Daniel y los tres jóvenes, y otros muchos que hicieron milagros, y los ángeles que aparecieron entre los hombres y descubrieron a la vista de ellos el fúlgido resplandor de su propia naturaleza, y no sólo los ángeles, sino también los querubines y hasta los serafines que se dejaron ver del Profeta con mucha gloria; de ahí que, apartándonos de todo eso el Evangelista y desviando nuestra atención de las criaturas y del resplandor de nuestros consiervos, nos hace fijarnos en la misma cumbre de todos los bienes. Porque no es, dice, la gloria que vimos la de un profeta, ni de un ángel, ni de un arcángel, ni de las potestades superiores, ni de alguna otra criatura, si es que la hay, sino la del

mismo Señor, la del mismo Rey, la del mismo real y Unigénito Hijo, la del mismo Dueño de todos nosotros. Y aquella palabra *como* en este lugar no significa semejante ni comparación, sino afirmación y determinación que no deja lugar a duda; como si dijera: *Vimos su gloria, tal como* era justo y natural que la tuviera el que era Hijo Unigénito y natural de Dios, Rey del Universo. Y así es costumbre vulgar, pues no he de tener reparo en acreditar mi discurso con el uso ordinario de hablar, ya que en él no trato de atender a lo hermoso de las palabras ni a la armonía de la composición, sino solamente a vuestra utilidad, por donde nada obsta que lo confirme por el uso del vulgo. ¿Y éste cuál es? Cuando ven algunos al Emperador revestido de grande ornato y resplandeciendo por todas partes con piedras preciosas, si cuentan a otras aquella hermosura, aquella elegancia, aquella gloria, enumeran cuanto les es dado lo vistoso de la púrpura, la grandeza de las perlas, la blancura de los caballos, el oro del yugo, el estrado radiante de luz; pero cuando, después de enumerar éstas y otras cosas, no pueden con sus palabras poner delante de los ojos todo aquel resplandor al punto añaden: “¿A qué decir más? En una palabra, *como Emperador*”, no porque con la palabra *como* quieran dar a entender que aquel de quien hablan sea semejante al Emperador, sino más bien que es realmente el mismo Emperador. Pues del mismo modo el Evangelista puso la palabra *como*, queriendo mostrar sin comparación la grandeza y sobreexcelencia de la gloria. Porque todos los demás, ángeles, arcángeles, profetas, todo lo hacían mandados, pero El con la potestad propia del Rey y Señor; y esto mismo era lo que admiraban las muchedumbres, cuando las enseñaba como quien tenía potestad.

III

Así que aparecieron, como he dicho, también los ángeles en la tierra con mucha gloria, como a Daniel, a David, a Moisés; pero todo lo hacían como quienes eran siervos y tenían señor; más El, como Señor y Dueño de todas las cosas, y eso aunque estuviera en forma vil y humilde; pero aún así, la creación reconoció a su Señor. ¿Cómo? Una estrella desde el cielo llamó a los Magos para que le adorasen; grande muchedumbre de ángeles, derramándose por todas partes, anunciaba a su Señor y le cantaba himnos, y brotaron de repente otros

pregoneros que, saliéndose al encuentro unos de otros, evangelizaban este indecible misterio: a los pastores, los ángeles, y a los de la ciudad, los pastores; Gabriel a María y a Isabel; y a los que estaban en el templo, Ana y Simeón. Y no sólo los varones y las mujeres llegaron al colmo de la alegría, sino que aún el niño que todavía no había salido a luz, el habitador del desierto, del mismo nombre que nuestro Evangelista, saltó de regocijo dentro del seno de su madre; y en fin, todos estaban elevados sobre la tierra con las esperanzas de lo venidero. Y esto acontecía hacia el tiempo de su nacimiento; pero cuando se descubrió ya más, aparecieron a su vez otras maravillas mayores que las primeras. Porque ya no era una estrella, ni el cielo, ni ángeles y arcángeles, ni Gabriel y Miguel, sino el mismo Padre el que le anunciaba desde los cielos, y con el Padre el Paráclito, volando a El con sonido de palabras y permaneciendo sobre El. Con verdad dijo por esta razón: *Vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre*. Y no sólo por esta razón, sino también por las cosas que después se siguieron. Puesto que ya no nos le anuncian solamente los pastores y las viudas y los ancianos, sino la misma naturaleza de las cosas, clamando con una voz más penetrante que ninguna trompeta y con tan grande clamor, que aún desde aquí escuchamos con facilidad su sonido. Llegó, dice (la Escritura), su fama hasta la Siria (Matth., IV, 24), y se lo reveló a todos: todas las criaturas por doquiera clamaban que estaba ya presente el Rey de los cielos. Los demonios escapaban y huían por todas partes, Satanás se retiraba avergonzado, la misma muerte retrocedió entretanto, y después fue completamente destruida; y quedaba deshecha toda clase de enfermedades, y los monumentos dejaban libres a los muertos, y los demonios a los furiosos, y las enfermedades a los enfermos; y se presentaban a los ojos cosas increíbles y estupendas, y tales que con razón desearon verlas los Profetas y no las vieron. Porque era de ver cómo se formaban los ojos y cómo Dios mostraba a todos en breve, llevado a cabo en una parte más excelente del cuerpo, lo que todos deseaban ver, a saber cómo del barro había modelado a Adán, cómo miembros relajados y separados de los demás se unían y se trataban con ellos, manos muertas que se movían, pies paráliticos que de repente saltaban, oídos cerrados que se abrían y lengua que sonaba con grandes voces habiendo estado ligada por la mudez. Porque a la manera de un excelente arquitecto, al reparar la naturaleza humana, que era como casa carcomida por el tiempo, las partes ya quebradas las resarcía, las desunidas y relajadas

las trabó y vigorizó, las completamente perdidas las restituyó por entero.

IV

Y ¿qué decir de la reconstitución del alma, mucho más maravillosa que la de los cuerpos? Gran cosa en verdad la salud de los cuerpos, pero mucho mayor la de las almas, y tanto más, cuanto el alma se aventaja al cuerpo; y no sólo por esta razón, sino también porque la naturaleza de los cuerpos sigue la dirección que le señale el Criador, y nada hay que se oponga; pero el alma, como árbitra de sí misma y con potestad sobre lo que ha de hacer, no obedece a Dios en todo, si no quiere. Porque Dios no quiere, obligada con violencia y contra su voluntad, hacerla hermosa y virtuosa, toda vez que esto ya no es virtud: antes conviene persuadirla a que se haga tal por voluntad y de buena gana: por donde esta curación es más difícil que la del cuerpo. Pero con todo, aún esto se llevó a cabo, y se desterró todo género de maldad. Y así como a los cuerpos que curaba no sólo les daba la salud, sino que les comunicaba el más perfecto bienestar, así también a las almas no sólo las libró de lo más extremo de la maldad, sino que la remontó a la misma cumbre de la virtud; y el publicano se convirtió en apóstol, y el perseguidor y blasfemo y ultrajador mostróse a todos predicador de toda la tierra, y los magos llegaron a ser maestros de los judíos, y el ladrón apareció hecho ciudadano del paraíso, y la fornicaria resplandeció por la grandeza de su fe, y la samaritana, fornicaria también, tomó a su cargo la predicación a los de su misma tribu, y cogió en la red a toda la ciudad y se la presentó al Cristo; y la cananea, por su fe y asiduidad, logró que fuera lanzado de su hija un espíritu malvado. Y otros todavía mucho peores que éstos fueron al punto contados en la lista de los discípulos. Y todo se transformaba de repente, los padecimientos de los cuerpos, las enfermedades de las almas, y se modelaban conforme a lo que pedía la sanidad y la virtud más acabada; y no dos, tres, diez, veinte o ciento solamente, sino ciudades enteras y naciones se convertían al bien con suma facilidad. ¿Y que se puede decir de la sabiduría de los preceptos, de la fuerza de las leyes celestiales, del buen orden de una vida propia de ángeles? Tal fue la vida que nos metió, tales las leyes que nos puso, tal la norma que estableció, que los que las tienen llegan en seguida a ser

ángeles y semejantes a Dios en cuanto al hombre es dado, por más que antes hayan sido los peores de todos los hombres.

V

Reuniendo, pues, el Evangelista todas estas maravillas obradas en los cuerpos, en las almas, en los elementos, y además los preceptos, aquellos dones inefables más sublimes que los cielos, las leyes, la institución de vida, la obediencia, las promesas venideras, los padecimientos que había de sufrir; emitió esta voz admirable y llena de celestiales enseñanzas: *Vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*. Porque no solamente le admiramos por sus maravillas, sino también por sus padecimientos: como porque fue clavado en la cruz y porque fue azotado, porque fue abofeteado, porque fue escupido, porque en sus mejillas recibió golpes de parte de los favorecidos por él. Ya que justo es que se aplique la misma palabra aún a aquellas cosas que parecen ignominiosas, toda vez que el las llamó gloria. Porque estos mismos sucesos no sólo eran obras de su solicitud y caridad, sino también de potestad indecible. Entonces, en efecto, se aniquilaba la muerte, y se deshacía la maldición, y se cubrían de oprobio los demonios, y eran llevados en público expuestos a la ignominia, y se enclavaba en la cruz la escritura de nuestros pecados. Y ya que estas maravillas se obraban invisiblemente, obráronse visiblemente también otras, que demostraban que realmente era el Unigénito Hijo de Dios y señor de toda la creación. Y así, cuando todavía estaba colgado su santo cuerpo, el sol retiró sus rayos, retembló la tierra y quedó cubierta de sombra, y abriéronse los sepulcros, y el suelo dio sacudidas, y salió afuera una multitud innumerable de muertos y entró en la ciudad: y cuando ya las piedras del sepulcro de él estaban ajustadas en sus huecos, y todavía se veían encima los sellos, resucitó el muerto, el crucificado, el enclavado, y llenando de gran potestad (o de invencible y divina potestad) a los once discípulos, enviólos a los hombres de toda la tierra para que fueran médicos de toda la naturaleza, y enderezaran la vida de los hombres, y sembraran por todas partes el conocimiento de las enseñanzas del cielo, y deshicieran la tiranía de los demonios, y enseñaran los bienes grandes e inefables, y nos evangelizaran la inmortalidad del alma, y la vida eterna del cuerpo (después de la resurrección), y los

premios que excedan a todo pensamiento y nunca se han de terminar. Habiendo, pues, este santo (Evangelista) pensado estas y otras muchas cosas que él sabía, pero no podía escribir, porque no cabrían en el mundo (ya que *si todo se escribiese en particular, dice, creo que ni aún en el mundo podrían caber los libros que habrían de escribirse*) (Joan., XXI, 25); habiendo, digo, tenido en cuenta todas estas cosas, clamó diciendo: *Vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.*

VI

Así, pues, los que han sido tenidos por dignos de ver tales maravillas y de oír tales enseñanzas, los que han gozado de tan grande beneficio, justo es que muestren una vida digna de tales enseñanzas, de suerte que lleguen a gozar de los bienes de la venidera. Porque para este fin vino Nuestro Señor Jesucristo, para que no sólo viéramos su gloria de aquí ¹, sino también su gloria venidera. Por esta razón dijo: *Quiero que donde yo estoy estén también éstos, para que vean mi gloria* (Joan., XVII, 24). Y si esta gloria fue tan ilustre y espléndida, ¿qué se podrá decir de aquella? Porque no aparecerá en tierra corruptible, ni estando nosotros en cuerpos deleznales, sino en aquella creación incorruptible e inmortal, y con tan grande resplandor, que no hay palabras para describirlo. ¡Oh, felices, y tres veces y mil veces felices, los que serán tenidos por dignos de ser espectadores de aquella gloria! De ella dice el Profeta: *Sea apartado el impío, para que no vea la gloria del Señor* (Isaías, XXVI, 10) ². ¡Que nadie de nosotros sea apartado, ni excluido jamás para no ser espectador! Que si no hubiéramos de gozar de ella, justo sería que también nosotros dijésemos: Bien nos estuviera no haber nacido. Si no, ¿por qué vivimos? ¿por qué respiramos? ¿por qué somos, si no hemos de alcanzar aquella vista, si nadie nos ha de conceder jamás ver a Nuestro Señor? Porque si los que no ven la luz solar sufren una vida más acerba que cualquiera muerte, ¿qué deberán padecer los privados de aquella luz? Pues en esta vida el daño para en esto solamente, mas no así en la otra; por más que, aun cuando en solo ello consistiera el mal, ni aun así sería igual el daño, antes tanto más terrible, cuando aquel sol es sin comparación mejor que éste; pero todavía hay que aguardar otro suplicio. Porque el que no vea aquella luz, no sólo debe ser lanzado a

las tinieblas, sino arder por siempre, y consumirse, y rechinar los dientes, y sufrir otros innumerables males. No nos despreciemos a nosotros mismos, de suerte que por una breve negligencia y descuido caigamos en el suplico sempiterno, antes estemos despiertos, vigilemos, no dejemos de emplear medio alguno a fin de obtener aquella dicha y alejarnos del río de fuego que con grande fragor se arrastra delante del terrible tribunal. Porque quien una vez cae en él, preciso es que allí quede por siempre, y nadie habrá que le salve, ni padre, ni madre, ni hermano. Y esto dicen aun los Profetas con sus clamores: el uno cuando dice: *No redime un hermano, ¿redimirá un hombre?* (Ps. XLVIII, 8); y Ezequiel todavía dio a entender más, cuando dijo: *Si se presentaren Noé y Job y Daniel, no librarán a sus propios hijos e hijas* (Ezech., XIV, 14, 16). Porque allí sólo vale un patrocinio, el de las obras, y quien de ellas esté desprovisto, imposible que por otro título se salve.

Revolvamos, pues, estas ideas continuamente, y recapacitemos sobre ellas, y purifiquemos la vida y hagámosla ilustre, de manera que veamos con plena confianza al Señor y obtengamos los bienes prometidos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea el Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XIV

TEXTO DEL EVANGELIO:

San Juan, cap. I, v. 16. Y de su plenitud todos recibimos, y gracia por (en vez de) gracia: v. 17. porque la ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad fue hecha por Jesucristo.

EXPLICACIÓN HOMILÉTICA:

I. Explícate la palabra *plenitud* del v. 15.

II. Las palabras del v. 16 están en boca del Evangelista, no del Bautista: son el testimonio del Evangelista, que confirma el testimonio del Bautista. Las palabras *gracia por* (en vez de) *gracia*, significan, según San Juan Crisóstomo, que en vez del Viejo Testamento, que también era gracia, aunque mucho menor, nos dio Jesucristo el Nuevo, que es propiamente gracia: y así el v. 17 es aclaración del v. 16 y da la razón de él: *porque* ¹.

III. Expone la diferencia de la santidad exigida en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Espíritu de servidumbre y espíritu de adopción de hijos.

IV. Bienes de la ley nueva sobre la ley antigua. Diferencia entre Cristo y Moisés, era mero administrador, Jesucristo autor y dueño.

V. Exhortación moral. Ya que hemos recibido mayor beneficio, debemos mostrar mayor agradecimiento.

I

Cap. I, v. 16. *Y de su plenitud todos nosotros recibimos, y gracia por gracia*. Hace poco ⁴ decíamos que Juan para soltar la duda de los que habían de preguntar cómo Cristo, habiendo salido a predicar más tarde, era superior a él y más ilustre, añadió la cláusula *Porque era primero que yo*. Y esta es una de las razones; pero todavía pone otra, que expresa en este lugar. Y ¿cuál es? *Que la ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad fue hecha por Jesucristo*. Y ¿qué significa, dirás, *De su plenitud todos recibimos*?, ya que de esto hemos de tratar ante de todo. —No tiene el don por ajeno consorcio, sino que El es la misma fuente, la raíz misma de todos los bienes, la misma vida, la misma luz, la misma verdad: que no detiene dentro de sí la riqueza de sus beneficios, sino que rebosa a todos los demás, y rebosando queda lleno: y sin menoscabarse en nada por la repartición con otros, antes siempre manando y haciendo a todos participantes de sus bienes, permanece en un mismo estado de perfección. En cambio, lo que yo llevo es participado (pues lo recibí de otro) y una pequeña parte del

todo, y como una gota miserable comparada con un inefable abismo y piélago inmenso: y aún este ejemplo no puede dar idea de lo que pretendemos decir. Porque si sacas una gota al piélago, en esa misma gota le disminuyes, por más que sea imperceptible la disminución. Pero tratándose de aquella fuente, no se puede decir lo mismo: antes por mucho que se saque de ella, permanece sin disminución alguna. Por eso conviene acudir a otro ejemplo, débil también él, es cierto, e ineficaz para ponernos delante lo que buscamos; pero que nos lleva de la mano mejor que el anterior al pensamiento que aquí se nos propone. Supongamos una fuente de fuego, y que de ella se prenden diez mil lumbreras, y luego veinte y treinta y muchos millares de ellas; ¿no es verdad que el fuego permanecerá en su misma plenitud, aún después de haber comunicado con tantos su eficacia?— Es cosa que todos la saben. Pues si en los cuerpos, divisibles al fin, y que sufren menoscabo si de ellos se quita, se halla alguno que con dar a otros no recibe mengua en sí mismo, ¿cuánto más tendrá esto lugar en aquella suma virtud incorpórea e incorruptible? Porque si aún allá donde lo que se participa es substancia y cuerpo, todavía se divide y no se divide, ¡con cuánto más motivo dejará de haber mengua, cuando se trata de pura actividad, y actividad de substancia incorpórea!

II

Por eso decía San Juan: *De su plenitud todos recibimos*; y enlaza su propio testimonio con el del Bautista. Pues las palabras *de su plenitud todos recibimos*, no son del Precursor, sino del discípulo. Y lo que dice equivale a esto: No penséis que nosotros los que vivimos con El mucho tiempo y participamos de la misma comida y mesa, damos de el testimonio gratuito. Pues también Juan (el Bautista), que ni le había visto antes ni estado con El, sino sólo cuando le bautizó, al verle juntamente con los otros exclamó: *Primero que yo era*, recibiendo todo de El (de su plenitud): y lo mismo todos nosotros, los doce, y los trescientos, y los quinientos, y los tres mil, y los cinco mil, y las numerosas miríadas de los judíos, y toda la plenitud de los fieles, de los que fueron, de los que son y de los que han de ser, recibimos de su plenitud. Y ¿qué recibimos? *Gracia por* (en vez de) *gracia*, dice. ¿Qué gracia y por (en vez de) qué gracia? Por la vieja, la nueva. Porque así como había justicia y justicia: *Hecho*, dice (San Pablo),

irreprensible según la justicia de la ley (Philipp., III, 6), y había también fe y fe, pues dice: *De fe en fe* (Rom., I, 17); adopción y adopción: *De los cuales* (de los israelitas), dice, *es la adopción de hijos* (Rom., IX, 4); gloria y gloria: *Porque si lo que perece* (la vieja ley) *es o gloria, mucho más es en gloria lo que permanece* (2 Cor., III, 11); ley y ley: *La Ley* dice, *del Espíritu de la vida me libertó* (Rom., VII, 2); culto y culto: *De los cuales*, dice (de los israelitas), *es el culto*, (Rom., IX, 4); y en otra parte: *Los que servimos (damos culto) a Dios en espíritu*⁵ (Philipp., III, 3); testamento y testamento: *Pactaré con vosotros un nuevo pacto (o testamento), no conforme al pacto que pacté con vuestros padres* (Jerem., XXXI, 31); y santificación y santificación, bautismo y bautismo, sacrificio y sacrificio, templo y templo, circuncisión (y circuncisión); así también hay gracia y gracia. Sólo que aquellas cosas son como figura, éstas como verdad; llevan el mismo nombre, mas no el mismo sentido. Que también en las figuras e imágenes el que aparece pintado con mezcla de colores blancos y negros se llama hombre, no menos que el que lleva la verdad de aquellos colores, y lo mismo sucede en las estatuas⁶, sean de oro, sean de barro; pero una cosa recibe el nombre como figura, la otra como realidad.

III

Por tanto, no por ser el nombre uno mismo juzgues que las cosas son idénticas, ni tampoco ajenas unas de otras. Porque si eran figura, no eran ajenas a la realidad; y si guardaban la sombra, eran inferiores a la realidad. Pues ¿qué diferencia hay entre unas y otras? ¿Queréis que lo examinemos, tratando una o dos de las cosas dichas? Así os serán manifestadas también las demás y veremos todos como aquellas eran instrucciones de niños, y éstas, en cambio, de hombres generosos y formados: y aquéllas se establecieron como para hombres, éstas como para ángeles. Y ¿por dónde comenzaremos? ¿Queréis que lo hagamos por la misma adopción de hijos? —Pues bien: ¿qué diferencia hay entre aquélla y ésta? Aquélla era honor de nombre; aquí al nombre se sigue el hecho. De aquélla dice: *Yo dije: Dioses sois, e hijos del Altísimo todos* (Ps. LXXXI, 6). De ésta dice: *De Dios son nacidos* Joann, I, 13). Ellos, después de recibido el nombre de hijos, todavía tenían espíritu de servidumbre, pues, permaneciendo siervos, se hon-

raban con este nombre; mas nosotros, constituidos libres, recibimos el honor no sólo en el nombre, sino también en la realidad. Y esto declara Pablo al decir: *Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba (Padre)* [Rom., VIII, 15]. Pues, en efecto, regenerados y, por decirlo así, creados de nuevo, fuimos llamados hijos. Y si se examina la manera misma de santidad, cuál era allí y cuál es aquí, se verá también en esto gran diferencia. Porque ellos, con tal que no idolatrasen, ni fornicaran, ni adulteraran, recibían ya este nombre; mas nosotros nos hacemos santos no sólo con la privación de aquellos males, sino también con la posesión de otros bienes mayores. Y en primer lugar, conseguimos este don por la habitación misma en nosotros del Espíritu Santo, y después por la vida mucho más perfecta que la judaica. Y para que veas que no es jactancia lo que digo, oye lo que a ellos les dice: *No rociaréis ni purificaréis a vuestros hijos, porque sois pueblo santo* (Deut., XVIII, 10). De suerte que entre ellos era santidad el abstenerse de las leyes de los ídolos. No es así entre nosotros, antes bien dice (San Pablo): *Para que sea santa en cuerpo y en espíritu* (1 Cor., VII, 34). *Seguid la paz y la santidad, sin la cual ninguno verá al Señor* (Hebr., XII, 14); Y Además: *Perfeccionando nuestra santificación en temor de Dios* (2 Cor., VII, 1). Porque esta palabra *santo* no ofrece la misma idea con respecto a todas las cosas de que se dice: pues santo se llama Dios, mas no como nosotros. Y así cuando oyó el Profeta esta voz que pronunciaban los serafines, mira lo que dice: *¡Ay de mí, miserable de mí, porque siendo hombre y teniendo labios impuros hábito en medio de un pueblo que tiene labios impuros!* (Is., VI, 5). Y con todo, él era puro y santo; pero comparados nosotros con la Suma Santidad, somos impuros. Santos son también los ángeles, santos los arcángeles y los serafines y querubines; pero esta misma santidad a su vez establece otra diferencia entre la nuestra y la de aquellas supremas potestades. Bien pudiera recorrer así todo lo demás; pero veo que mi discurso se va alargando mucho; por eso, desistiendo de ir más adelante, os dejaré lo demás para que lo tratéis vosotros mismos. Pues, en efecto, podéis vosotros en casa, reuniendo lo dicho, reconocer la diferencia, y pasar lo mismo a los demás cosas. *Da al sabio ocasión*, dice (la Escritura), *y será más sabio* (Prov., IX, 9). El principio es mío, pero el fin será vuestro. Ahora preciso nos es proseguir el hilo del Evangelio.

IV

Habiendo dicho: *De su plenitud todos recibimos*, añadió y *gracia por* (= en vez de) *gracia*: declarando que también los judíos se salvaban por gracia. Porque os elegí, dice, no por haberos multiplicado, sino por vuestros padres. Si, pues, no fueron escogidos por Dios por sus propios méritos, es claro que obtuvieron este honor por gracia. También nosotros fuimos hechos salvos por gracia, pero no del mismo modo. Pues no fuimos constituidos en los mismos bienes, sino en otros muchos mayores y más sublimes. Y es así que no se nos dio solamente el perdón de los pecados (pues en esto somos iguales a ellos, por cuanto todos pecaron), sino también justicia, santificación, adopción de hijos y gracia del Espíritu Santo más ilustre⁷ y abundante. Por esta gracia fuimos hechos queridos de Dios, no sólo como siervos, sino también como hijos y como amigos. Por eso dice: *gracia por gracia*. Porque lo referente a la ley era también gracia, como lo es además el haber sido hechos de la nada. Pues no recibimos esta merced por méritos antecedentes (¿cómo, si ni aun existíamos?), sino porque Dios nos previno completamente con su benignidad. Y no sólo el habernos criado de la nada, sino el darnos que, después de criados, fácilmente conociéramos lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer, y que esta ley la tengamos en la misma naturaleza, y que el mismo que nos hizo estableciera dentro de nosotros el tribunal incorruptible de la conciencia, fue grandísima gracia y benignidad inefable. Y el que esta ley (de la conciencia) ya corrompida la restableciera por la ley escrita, fue también gracia. Porque lo consiguiente era que los que habían adulterado la ley, una vez dada, recibieran la pena y el suplicio; mas no fue esto lo que sucedió, sino el restablecimiento y el perdón, no debido, sino concedido sólo por misericordia y por gracia. Y que fue, en efecto, obra de gracia y de misericordia, oye cómo lo dice David: *El Señor que hace misericordias, y justicia en favor de todos los injuriados. Dio a conocer sus caminos a Moisés, a los hijos de Israel sus deseos* (Ps. CII, 6, 7). Y de nuevo: *Benigno y recto es el Señor: por eso dará ley a los que yerran en el camino* (Ibid., XXIV, 8).

Es, por consiguiente, efecto de misericordia y de clemencia entrañable y de gracia el haber recibido la ley. Por eso, después de decir *gracia por gracia*, insistiendo todavía con más vehemencia en la grandeza de los dones, añade: *17. La ley fue dada a Moisés, la gracia y la*

verdad fue hecha por Jesucristo. ¿Habéis visto con qué suavidad y cuán poco a poco, tanto Juan el Bautista como el discípulo, inducen a sus oyentes al conocimiento más levantado, después de ejercitarlos en los más humildes? Aquel, después de comparar consigo al que sin comparación sobrepuja a todos, hace ver de este modo la sobreexcelencia de El, diciendo: *El cual era más que yo;* y añadiendo después: *Primero que yo era:* éste (el Evangelista) hizo todavía más que aquél, pero menos de lo que corresponde a la dignidad de Unigénito. Porque establece la comparación no con Juan el Bautista, sino con aquel que entre los judíos era más admirado, con Moisés: *Porque la ley, dice fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad fue hecha por Jesucristo.* Y mira de paso su prudencia; no hace examen de las personas, sino de las cosas. Porque si éstas se demuestran ser mucho mayores, por fuerza aún los contumaces debían aceptar el testimonio y la idea que les daban de Cristo. Pues cuando dan testimonio los hechos, los cuales no dan lugar a sospecha de que lo hacen por amistad o por enemistad con alguno, ofrecen un voto indubitable aun para los que no lo quieren reconocer. Cuales los dejaron los autores de ellos, tales permanecen y tales se muestran: por eso su testimonio está, más que otro alguno, exento de toda sospecha.

Mira también cuán sin ofensa de nadie, aun de los más débiles, hace la comparación. No pone delante la excelencia con muchas palabras, sino que hace ver la diferencia con solos los nombres, oponiendo *la GRACIA y la VERDAD a la LEY, y el fue HECHA al fue DADA.* Y es grande la diferencia que hay entre ambas cosas. *El fue dada* era propio de un ministro que recibió de otro, y dio a quienes se le mandó dar; pero *el fue hecha la gracia y la verdad,* era propio del mismo Rey que con potestad perdona todos los pecados, y El mismo dispone de su don. Por eso dijo: *Perdonados te son tus pecados* (Marc., II, 9): y otra vez: *Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar pecados (dice al paralítico): Levántate, toma tu lecho y vete a tu casa* (Ibid., X, 11). ¿Ves cómo la gracia es hecha por El? Mira ahora también la verdad: porque la gracia la demuestra lo dicho, y el suceso del ladrón, y el don del bautismo, y la gracia del Espíritu Santo dada por El, y otras muchas cosas; pero la verdad la veremos mejor, si miramos a las figuras de ella. Puesto que las figuras delinearon de antemano, como figuras, las cosas que habían de cumplirse en la Nueva Alianza; pero Cristo con su venida las llevó a cumplimiento. Veamos, pues, las figuras en algunas pocas

cosas, pues recorrerlas todas no es de esta ocasión; pero entendiendo algo por las que os pondré delante, veréis también las demás. ¿Queréis, pues, que comencemos por la misma pasión? ¿Qué dice la figura? Tomad un cordero en cada casa, y sacrificadle, y haced como mandó y estableció por ley (el Señor) (Exod., XII, 3). Mas no así Cristo: no manda que esto se haga, antes bien El se hace a sí propio sacrificio, ofreciéndose como víctima y oblación al Padre. Mira cómo la figura fue dada por Moisés, pero la gracia fue hecha por Jesucristo.

Otra vez en el monte Sinaí, guerreando los amalecitas contra los hebreos, se mantenían extendidas las manos de Moisés, levantadas por Aarón y Or que estaban a entrambos lados; pero Cristo cuando vino, El por sí mismo tuvo extendidas las manos en la cruz. ¿Ves cómo la figura fue dada, pero la verdad fue hecha? Además, la ley decía: *Maldito es todo aquel que no observa todo lo escrito en este libro* (Deut., XXVII, 26); pero la gracia ¿qué dice? *Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré* (Matth., XI, 28); y Pablo: *Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho maldición por nosotros* (Gal., III, 13).

V

Ya, pues, que gozamos de tan grande gracia y verdad, os suplico que por la grandeza del don no nos hagamos más perezosos. Porque cuanto mayor es el honor que se nos ha concedido, tanto somos deudores de mayor virtud. El que recibió pocos beneficios, aunque pague poco, no es digno de tanta reprensión; pero quien se remontó a la misma cumbre altísima del honor, si luego hace obras viles y apocadas, digno es de mucho mayor suplicio. Pero ¡lejos de mí sospechar jamás tal cosa de vosotros! Confianza tengo en el Señor, de que con sublime volar habéis levantado vuestras almas a los cielos, y os habéis desviado de la tierra, y viviendo en el mundo, no os ocupáis de las cosas del mundo. Pero con todo, aun persuadido de esto, no ceso de exhortaros siempre a lo mismo. Como también en los certámenes profanos todos los espectadores animan, no a los caídos y tendidos de espaldas, sino a los vigorosos, a los que todavía van corriendo. Porque a los primeros, como a desesperados de la victoria, dejan de exhortarlos, para no trabajar neciamente en vano, por no poderlos levantar con sus exhortaciones; pero aquí hay buenas esperanzas, no

sólo de vosotros los que sois diligentes, sino también de los caídos, si quieren ellos recobrase. Por eso todo lo remuevo, exhortando, vituperando, increpando, alabando, para que negociéis vuestra salvación. No llevéis, pues, a mal esta continua exhortación a la buena vida. Porque no os hablo por acusaros de pereza, sino porque tengo muy buenas esperanzas de vosotros. Y más, que lo que digo ahora y después, va no sólo con vosotros los que me oís, sino también conmigo: pues yo mismo necesito la misma enseñanza. Y aunque lo diga yo, esto no quita que lo diga también para mí. Porque mi discurso, si a alguno le coge culpable, le corrige; si a alguno le halla libre, y no dice con él, todavía le aleja más del pecado. Pues yo mismo no estoy puro de pecados. Común es la medicina: a todos se ponen delante los remedios; mas la sanidad no es común, sino según la voluntad de los que los usan. Y así el que usa convenientemente de la medicina, compra su salud; el que no la aplica a la herida, empeora la enfermedad, y la encamina a peor desenlace. No llevemos, pues, de mal grado la cura, antes bien alegrémonos, aunque el modo de aplicar las enseñanzas produzca acerbos dolores: porque después os presentará un fruto mucho más dulce. No dejemos, por tanto, cosa por hacer, a fin de que partamos al siglo venidero limpio de las heridas y llagas que hacen en el alma los dientes del pecado, para que seamos dignos de la vista de Cristo, y no seamos entregados en aquel día a las potestades vengadoras y crueles, sino a aquellas otras que nos puedan conducir a la herencia de los cielos, preparada para los que le aman: la cual ojalá todos nosotros la alcancemos por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, al cual sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XV

TEXTO EXPLICADO:

San Juan, cap. I, v. 18. A Dios nadie le vio jamás: el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, El mismo lo ha declarado.

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Introducción: se ha de procurar penetrar el sentido de las Sagradas Escrituras, de lo contrario, se pueden concebir ideas absurdas; v. gr., en el texto de ahora, al oír la palabra *seno*, y en otros casos parecidos.

II. Hace ver la ilación del texto con lo que antecede. La diferencia establecida entre Moisés y Nuestro Señor Jesucristo tiene por fundamento que Cristo ve la esencia de Dios, que ningún otro puede ver por sus fuerzas naturales. Explica algunos textos que se pudieran objetar, y hace ver la divinidad del Hijo Unigénito, que ve comprensivamente la esencia del Padre.

III. Lo cual resalta más por la cláusula *El que está en el seno del Padre*, que añadió el Evangelista para hacer ver con esta imagen sensible, cómo es igual al Padre.

IV. Explica la cláusula: *El mismo nos lo ha declarado*.

V. Exhortación moral. Ya que el Hijo de Dios se ha dignado enseñarnos por sí mismo una doctrina mucho más sublime que la del Viejo Testamento, nuestra conducta ha de corresponder a tanto honor y superar a la de los justos de la antigua ley. Exhorta en especial a la caridad.

I

Cap. I, v. 18. *A Dios nadie le vio jamás: el Hijo Unigénito que está en el seno del Padre, ese lo ha declarado.*

No es voluntad de Dios que oigamos nada más los nombres y los vocablos de las Sagradas Escrituras, sino con mucha inteligencia de ellos Por eso el Santo David muchas veces encabeza sus salmos con la inscripción: *Para inteligencia*, y dice: *Quita el velo de mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley* (Ps. CXVIII, 178). Y después de él su hijo enseña que la sabiduría se debe buscar como la plata, y negociarla más que el oro (Prov., XVI, 18). Y el mismo Señor, al exhortar a los judíos a investigar las Escrituras, nos induce todavía más a su inquisición. Pues no hubiera hablado de este modo, si ya a la primera, y con leerlas tan sólo, fuese posible comprenderlas; ya que nadie se pone a investigar lo que está delante y a las manos, sino lo que está oculto en la obscuridad, y no se halla sino tras mucho buscar-

lo. Por eso las llama también tesoro escondido, excitándonos así a ir en su busca.

Esto ha dicho para que no pasemos las palabras de las Escrituras sin más ni más e inconsideradamente, sino con mucha y exquisita diligencia. Porque si oye uno sin consideración lo que en ellas se dice, y lo toma todo como suena y a la letra, juzgará de Dios muchas cosas absurdas: toda vez que creará de El que es hombre, y que está hecho de bronce, y que es iracundo, furibundo, y muchas otras doctrinas todavía peores. Pero si, entendiére el sentido encerrado en el fondo, se verá libre de todos esos absurdos.

Así, pues, la lección que ahora se nos presenta dice que Dios tiene seno, lo cual es propio de cuerpos. Mas nadie es tan insensato que juzgue que el incorpóreo es un cuerpo. Por tanto, para que todo lo entendamos según el sentido espiritual, ea, examinemos el texto, comenzando de más arriba.

II

A Dios nadie le vio jamás. ¿Con qué ilación o consecuencia escribe esto el Evangelista? Habiendo hecho ver el grande exceso de los dones de Cristo, de suerte que la diferencia entre ellos y lo legislado por Moisés es infinita, quiera ahora dar una razón conveniente de la diversidad. Y es que Moisés, como siervo que era, fue administrador de bienes más inferiores; mas El, como Señor y Rey e Hijo del Rey, nos trajo los bienes que eran mucho mayores, como quien siempre está con el Padre y le ve continuamente. Por eso añadió estas palabras: *A Dios nadie le vio jamás.* Según eso, ¿qué responderemos al grandilocuente Isaías, que dice: *Vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado?* (Is., VI, 1). ¿Y que a Juan, que testifica haber dicho esto cuando vio su gloria? Y que a Ezequiel, que también le vio sentado sobre los querubines? Y que a Daniel, que dice también: *Y se asentó el Antiguo en días?* (Dan., VII, 9). Y que al mismo Moisés, que dice: *Muéstrame tu gloria, para que manifiestamente te vea.* (Exod., XXXIII, 13). Y Jacob de aquí tomó nombre, cuando se llamó *Israel*; pues *Israel* es lo mismo que *el que ve a Dios*. Y otros también le vieron.

¿Cómo es, pues que Juan dice: *A Dios nadie le vio jamás?* Para darnos a entender que todo lo demás era atemperación o condescendencia de Dios, más no visión de la esencia en sí misma. Porque si

hubieran visto la naturaleza misma, no la hubieran contemplado de distintas maneras. Puesto que es simple, sin figura, sin composición, incircunscrita, no se asiente, no está de pie, ni pasea. Todo esto es de los cuerpos. Cómo es en sí, solo El lo sabe. Y esto lo declaró el mismo Dios Padre por medio de un Profeta, diciendo: *Yo multipliqué visiones, y por medio de los profetas tomé diversas semejanzas* (Os., XII, 10); esto es, me atemperé, no aparecí como era. Porque como había de aparecérsenos su Hijo en carne real y verdadera, los iba ejercitando de antemano en ver la naturaleza de Dios, cuanto eran capaces de ello. Puesto que a Dios, tal como es en sí, no digo ya los profetas, pero ni aun los ángeles ni los arcángeles⁸ le vieron; antes, si de esto les preguntares, no les oirás respuesta alguna acerca de la esencia divina, sino tan sólo cantar: *Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz; en los hombres, buen voluntad* (Luc., II, 14). Y si algo quieres aprender sobre esto de los querubines y serafines, oirás el místico cantar del trisagio y aquello de: *Llenos están los cielos y la tierra de su gloria* (Ix., VI, 3). Y si examinas las supremas potestades, no hallarás sino que toda su ocupación es alabar a Dios. *Alabad a Dios*, dice (la Escritura), *todas sus virtudes* (Ps. CXLVIII, 2). Así, pues, solamente le ve el Hijo y el Espíritu Santo. ¿Cómo podrá, en efecto, una criatura, cualquiera que sea, ver al Increado? Si no podemos ver con claridad a cualquiera virtud incorpórea, con ser al fin creada, lo cual muchas veces se ha demostrado tratándose de los ángeles, ¿cuánto menos se podrá ver el Ser incorpóreo e increado? Por eso dice también San Pablo: *Al cual (a Dios) no le vio hombre alguno, ni le puede ver* (1 Tim., VI, 16). ¿Será, pues, que esta preeminencia (de ser invisible) sólo corresponde al Padre y no al Hijo?—Lejos tal idea: también corresponde al Hijo. Oye cómo así lo declara y afirma San Pablo: *El cual (el Hijo) es imagen del invisible Dios* (Coloss., I, 15); y quien es imagen del invisible, también El es invisible; que, de lo contrario, no sería imagen. Y si en otra parte dice: *Dios se manifestó en carne* (1 Tim., III, 16), no te admires, porque la manifestación por medio de la carne no fue en cuanto a la esencia (divina). Y que El sea invisible no sólo para los hombres, sino también para las potestades del cielo, demuéstrello San Pablo, pues habiendo dicho: *Se manifestó en carne*, añadió: *y fue visto por los ángeles*. De suerte que entonces fue visto por los ángeles cuando se vistió de carne; pero antes no le veían así, porque su esencia era también para ellos invisible.

Pero ¿cómo, se objetará, dijo Cristo: *No despreciéis a ninguno de estos pequeñuelos, porque os digo que los ángeles de ellos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos?* (Matth., XVIII, 10). ¡Cómo! ¿Tiene Dios rostro y está circunscrito en los cielos? Nadie será tan loco que lo diga. ¿Qué es, pues, lo que significa? Así como cuando dice: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Matth., XI, 27), habla de la vida en cuanto al espíritu, de que somos nosotros capaces y del pensamiento en Dios; así también se puede decir de los ángeles que por su naturaleza pura y siempre en vela no pueden idear otra cosa sino sólo a Dios. Por eso dice El mismo en otro lugar: *Nadie conoce al Padre sino al Hijo* (Matth., XI, 27). Luego, ¿estamos todos en ignorancia?— No tal, sino que nadie le conoce de la manera que el Hijo. Así, pues, como le vieron muchos según la visión de que eran capaces, pero su Ser nadie le contempló, así también ahora todos conocemos a Dios, pero nadie sabe lo que es en cuanto a su Ser, sino sólo el Engendrado de El. Porque llama aquí conocimiento a la contemplación PERFECTA Y COMPRENSIÓN, Y TAL CUAL EL PADRE LA TIENE DEL HIJO. *Porque así como me conoce el Padre, dice, así también yo conozco al Padre* (Joann., X, 15).

III

Por lo cual, mira con cuánta propiedad habla el Evangelio. Pues, en efecto, habiendo dicho: *A Dios nadie le vio jamás*, no añadió: El Hijo que le vio nos lo declaró, sino que puso otra cosa que es más que ver, diciendo: *El que está en el seno del Padre*; ya que mucho más que ver es el vivir en el seno mismo, pues el que tan sólo ve, no tiene conocimiento exacto de lo que se presenta delante; pero el que aun tiene su morada en el seno, nada puede ignorar. A fin, pues, de que al oír: *Nadie conoce al Padre, sino el Hijo*, no digas que sí conoce al Padre en mayor grado que los demás, pero no tal cual es, por eso el Evangelista dice de El que mora en el seno del Padre, y el mismo Cristo afirma que conoce al Padre en tanto grado, como el Padre conoce al Hijo. Pregunta, pues, al que te contradiga: Dime ¿conoce al Hijo el Padre, sí o no? Te habrá de responder, si no está loco que sí. Después, preguntémosle de nuevo: Y ¿qué? ¿le conoce y le ve con una vista y conocimiento exacto, y sabe con claridad lo que es? Lo

afirmará también sin remedio. Ahora bien, de esta respuesta concluye tú la comprensión exacta que el Hijo tiene del Padre. Porque El afirmó: *Como me conoce a mí el Padre, así yo le conozco a El*; y en otra parte. *A Dios nadie le vio, si no es el que procede de Dios* (Joann., X, 15; VI, 46). Por eso, como decía, hace mención de seno el Evangelio, declarándonoslo todo por medio de esta sola palabra, la estrechez y unidad de naturaleza, la identidad del conocimiento, la igualdad del poder, pues no había de tener el Padre en su seno a otro de distinta naturaleza; como tampoco El se atrevería, si fuera siervo y uno de tantos, a morar en el seno del Señor: pues esto no sólo es propio de un hijo natural, que tiene mucha confianza con el que le engendró, y no le es inferior.

¿Quieres ver también su eternidad?— Oye lo que dice Moisés acerca del Padre. Habiendo preguntado qué debería responder a los egipcios, dado que le preguntarán quién era el que le había enviado, se le manda decir: *El que es me ha enviado* (Exod., III, 14). Las palabras, *El que es*, significan que es siempre y que es sin principio y que es verdadera y propiamente. Esto mismo significa *En el principio era*, pues declara que *siempre es*. Pues bien: esta misma expresión usa aquí San Juan, haciendo ver que sin haber comenzado y eternamente está el Hijo en el seno del Padre. A fin, pues, de que a causa de ser el nombre común no le tuvieras por uno de los que por gracia son hechos hijos, en primer lugar pone el artículo, para distinguirlo de los hijos por gracia. Pero si esto no te basta, sino que todavía no levantas tu vista de la tierra, oye un nombre más propio: el de *Unigénito*. Y si aún después de esto no levantas tu mirada, no dudaré en proferir, tratando de Dios, una palabra humana, la de *seno*, todo con el único objeto de que no sospeches de el ninguna idea baja. ¿Ves el amor a los hombres y la solicitud del Señor? Se aplica Dios a sí mismo palabras indignas de sí, para que siquiera así veas y pienses elevadamente, ¿y tú permaneces en tierra? dime, si no: ¿Por qué se hace aquí mención del *seno*, palabra tan crasa y carnal? ¿Es para que sospechemos en Dios cuerpo?— Lejos tal pensamiento; de ningún modo, responderás. Pues ¿para qué se dice? Porque si con ella ni se hace ver la filiación natural del Hijo, ni tampoco que Dios sea cuerpo, es palabra lanzada superfluamente, que no llena necesidad alguna. Pues ¿para qué se dice? que no cesaré de preguntártelo. ¿No es evidente que la única razón es para que no creamos de El otra cosa, sino que El es el verdadero Unigénito y coeterno con el Padre?

IV

El nos lo declaró, dice. ¿Qué nos declaró? ¿Qué a Dios nadie le vio jamás? ¿Que Dios es uno? Mas esto lo dicen también los demás profetas, y Moisés clama repetidas veces: El Señor, Dios tuyo, es Señor único (Deut., VI, 4); e Isaías: Antes de mí no hubo otro Dios, y después de mí no le hay (Is., XLIII, 10).

Pues ¿qué más nos ha enseñado el Hijo, en calidad de quien está en el seno del Padre? ¿Qué más nos ha enseñado el Unigénito? En primer lugar, que aun esto mismo (el conocimiento de Dios) es obra de El: además hemos recibido una doctrina mucho más clara, y conocido que Dios es espíritu, y que los que le adoran conviene que le adoren en espíritu y en verdad: y fuera de esto, aun esta misma doctrina de que es imposible ver a Dios, y que nadie le conoce sino el Hijo, y que es Padre verdadero de verdadero Hijo, y las demás cosas que de El se han dicho. Y la palabra *declarado* da a entender una enseñanza más clara y transparente, la cual dio no ya solo a los judíos, sino también a todo el mundo, y la llevó a cumplimiento. A los profetas, en efecto, ni aun todos los judíos atendían; pero al Unigénito de Dios todo el mundo se le rindió y obedeció. Así, pues, la palabra *declaración*, da a entender aquí la mayor claridad de la enseñanza; por eso el se llama también *Verbo y Angel del gran Consejo*.

V

Ahora bien, ya que se nos ha concedido mayor y más perfecta doctrina, hablándonos Dios en estos últimos días no ya por los profetas, sino por medio del Hijo, guardemos una norma de vida mucho mejor, y digna del honor que nos hace. Pues absurdo sería, que El se haya bajado tanto que no nos quiera hablar ya por medio de sus siervos, sino por sí mismo, y nosotros en tanto no hagamos nada más que los antiguos. Ellos tenían por maestro a Moisés; nosotros tenemos al Señor de Moisés. Mostremos, por tanto, una conducta digna de tanta hora, y no tengamos que ver con la tierra. Para eso nos trajo su enseñanza desde lo alto de los cielos, para trasladar allá nuestros pensamientos, para que fuéramos, según nuestras fuerzas, imitadores del Maestro. Y ¿cómo, dirás, podemos ser imitadores de Cristo?—Haciéndolo todo para el bien común y no buscando lo propio. *Cristo*,

dice, *no se agradó a sí mismo, sino que, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban cayeron sobre mí* (Rom., XV, 3; Ps. LXVIII, 10). *Nadie*, por consiguiente, *busque lo suyo* (1 Cor., X, 24). El modo de buscar lo suyo es el mirar por lo del prójimo; porque lo del prójimo es también nuestro. *Somos un cuerpo, y los unos miembros y partes de los otros* (Rom., XII, 5). No estemos, pues, como divididos, ni diga nadie: “Fulano no es amigo mío, ni pariente, ni vecino, ni tengo que ver con él; ¿cómo me he de acercar? ¿cómo le he de hablar?” Porque aunque no sea pariente ni amigo, es hombre, participa de la misma naturaleza que tú, tiene al mismo Señor, es consiervo tuyo y contubernal: está en el mismo mundo. Y si además es partícipero de la misma fe, helo ya hecho también miembro tuyo. ¿Qué amistad, en efecto, es capaz de producir unión tan estrecha como el parentesco de la fe? Porque no basta que tengamos unos con otros la intimidad que hay entre amigos con amigos, sino la que tienen miembros con miembros. Mayor intimidad que este modo de amistad y comunicación nadie la hallará jamás. Así, pues, como no puedes decir: ¿De dónde a mí la relación y proximidad con él?, pues tal lenguaje sería ridículo, así tampoco puedes decir esto de tu hermano. *Todos* (dice San Pablo) *fuimos bautizados para [ser] un [mismo] cuerpo* (1 Cor., XII, 13). ¿Por qué *para ser un cuerpo*? Para que no nos dividamos, sino que con la unión y amistad mutua guardemos el modo de ser de un cuerpo. Así, pues, no nos despreciemos unos a otros, para que no nos tengamos en poco a nosotros mismos. *Porque nadie jamás tuvo odio a su propio cuerpo, antes le mantiene y abriga* (Ephes., V, 29). Por eso nos dio Dios una misma habitación para todos, que es este mundo; todo lo repartió por igual; un mismo sol encendió para todos; un mismo techo extendió, que es el cielo, y preparó una misma mesa, que es la tierra. Nos dio también otra mesa todavía mucho más excelente, pero también una misma para todos; ya lo entienden los participantes de los misterios⁹; un mismo modo de generación espiritual nos dio a todos; una misma patria tenemos, la de los cielos; de un mismo cáliz bebemos todos. No dio más y mejor al rico, y menos y peor al pobre, sino que a todos llamó por igual; y concedió con un mismo honor lo temporal y de una misma manera lo espiritual. ¿De dónde, según eso, tan grande desigualdad en la vida?— De la avaricia y arrogancia de los ricos. Mas no así, hermanos, no así en adelante y mientras las cosas comunes y más necesarias nos obligan a unirnos, no nos apartemos por las terrenas y viles, riqueza, digo,

y pobreza, parentesco carnal, enemistad y amistad. Porque todo eso es sombra, y más vil que sombra, para los que tienen el vínculo de la caridad de arriba. Conservémosle inquebrantable, y no podrá introducirse en nosotros espíritu alguno perverso que destruya nuestra unión. Ojalá todos la obtengamos por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XXII

TEXTO COMPRENDIDO EN ESTA HOMILIA:

San Juan, cap. II, v. 4. Y Jesús le dijo: "¿Qué a mí y a ti, mujer? Aún no ha llegado mi hora".

5. Dijo la Madre de El a los que servían: "Haced cuanto (El) os dijere".

6. Y había allí seis hidrias de piedra, conforme a la purificación de los judíos, las cuales cogían dos o tres metretas cada una. 7. Díceles Jesús: "Llenad las hidrias de agua". Y las llenaron hasta arriba.

8. Y Jesús les dijo: "Sacad ahora, y llevad al maestresala". Y lo llevaron. 9. Y luego que el maestresala gustó el agua hecha vino, y no sabía de dónde era (más lo sabían los sirvientes, que habían sacado el agua), llama el maestresala al esposo. 10 y le dice: "Todo hombre pone primero el buen vino, y después que están embriagados, entonces el de inferior calidad: tú, en cambio, has guardado el buen vino hasta ahora".

EXPOSICIÓN HOMILÉTICA:

I. Introducción. Trabajoso es el predicar; mas se alivia el trabajo del predicador, si los oyentes sacan fruto. Excita la atención proponiendo la importancia del asunto.— ¿Qué significa la sentencia: *Aún no ha llegado mi hora*?

II. Esta sentencia no es exclusiva de este lugar: úsala. Nuestro Señor en otras ocasiones. Con ella no quiere decir, que estuviera sujeto a tiempos para hacer lo que convenía, sino que todo lo hacía en el tiempo más a propósito.— Aquí daba a entender que aún no era suficientemente conocido, y que en todo caso convenía que los que tenían necesidad se adelantaran a pedir el remedio de ella.

III. ¿Por qué, sin embargo, después de decir: *Aún no ha llegado mi hora*, obra el milagro? 1.^o Para hacer ver que no estaba sujeto a tiempos, sino que obraba libérrimamente. 2.^o Par honrar a su Madre.— Aún a la Cananea oyó, con haberla primero rechazado. Aplicación práctica: aunque no merezcamos lo que pedimos, lo alcanzaremos si tenemos perseverancia.

Su Madre esperó con razón, y le puso delante los sirvientes, a quienes mandó hacer cuanto El les dijese.

IV. Vers. 6 y 7. No es inútil cláusula: *Conforme a la purificación de los judíos*.— Fue más conveniente convertir el agua en vino que criarlo de la nada, porque aunque en razón de milagro sería mayor el criarlo, era más perceptible a los sentidos el convertir el agua en vino.— La misma razón hubo también para que ellos mismos fueron los que llevaron el agua, pues así eran testigos de vista del milagro.— Además convirtiendo el agua en vino se muestra Señor de los elementos, y destruye la herejía de los maniqueos.

V. Vers. 8, 9, 10. Con toda prudencia advierte el Evangelista que el maestresala mismo dio prueba del milagro. El vino fue no como quiera, sino excelente.

VI. Los milagros de Cristo son perfectos.— El milagro de Caná se obra también en las voluntades.

VII. Todo lo terreno fluye y pasa de largo, como la corriente de un río.— Recomendación de la frugalidad aun para la salud del cuerpo.

Conclusión.

I

San Juan, cap. II, v. 4. *¿Qué a mí a ti, mujer? Aún no ha llegado mi hora.*

Tiene su trabajo el predicar: y así lo daba a entender San Pablo, al decir: *Los presbíteros que bien gobiernan, sean juzgados dignos de doblada honra; mayormente los que trabajan en predicar y enseñar* (1 Tim., V, 17). Pero en vuestras manos está hacer este trabajo o ligero o pesado. Si desecháis lo que se os dice, o, aunque no lo desechéis, no lo hacéis brillar en las obras, pesado será el trabajo, por ser inútil y sin fruto; pero si atendéis y dais prueba de ello en la conducta, ni aun sentiremos siquiera los sudores; porque el fruto cogido de los trabajos no permitirá que nos parezcan pesados. Por tanto, si queréis darnos alientos, y no más bien apagarlos o debilitarlos, hacednos ver, os ruego, el fruto, para que, al contemplar las mieses en espiga, alimentados con las esperanzas del buen éxito y calculando ya las ganancias, no seamos remisos en el manejo de este excelente negocio. Que no es de poca monta la cuestión que hoy se nos presenta delante.

En efecto, habiendo dicho la Madre de Jesús: *No tienen vino*, Cristo responde: *¿Qué a mí y a ti, mujer? Aún no ha llegado mi hora* (Joann., II, 4). Y después de tal respuesta, hizo lo que dijo su Madre. Esta cuestión no es menos importante que la anterior (tratada en la homilía precedente sobre San Juan). Invoquemos, pues, al mismo que hizo el milagro, y pasemos a dar la solución.

II

No es únicamente en este lugar donde se dice esta sentencia, sino que todavía más adelante el mismo Evangelista dice: No le podían prender, *porque aún no había llegado su hora* (Joan., VIII, 20); y otra vez: *Nadie le echó mano, porque aún no había llegado su hora* (Joan., VII, 20); y otra vez: *Ha llegado la hora: glorifica a tu Hijo* (Joan., XVII, 1). He reunido aquí estas sentencias dichas por todo el Evangelio, para dar a todas las mismas solución.

¿Cuál es, pues, la solución de ellas? No porque estuviera sujeto a la necesidad de los tiempos ni debiera aguardar las horas, decía Cristo: *Aún no ha llegado mi hora* (¿cómo, si era el Hacedor de los tiempos y